Año XVI. 10 Octubre 1876. Núm. 4.520

EL ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICIÓN.

Cartagena: Liberato Montells y García, Mayor 24, Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24.—Fuera de ella, trimestre 30.—Números sueltos un real.

Mártes 10 de Octubre.

El Eco de Cartagena

Las poesías de Velarde.

Sr. D. Tomás de Briones:

Dias atrás me entregaste, mi buen amigo, un breve tomo recien publicado en Sevilla, pidiéndome digera al público mi parecer, acerca del mérito que en él hallase. Te di formal palabra de hacerlo, y hoy la cumplo, primero por complacerte, y además porque mi opinion acerca de las poesías de Velarde, aunque inautorizada, por ser mia, es enteramente favorable al libro que me diste.

¿Y cómo nó, si veo en él que no se extingue el éstro en nuestra pátria, y que, sin dejar de avanzar en el camino de lo bello, no han muerto las gloriosas tradiciones de la célebre escuela sevillana? Dícese por muchos, que conforme marcha la humanidad por la senda del progreso, tiende á ahogar el ideal á fuerza de adelantar tanto en las ciencias positivas y en las artes industriales, y de rendir tan débil tributo á las bellas letras y á las nobles artes. Dícese tambien por otros que proclamado el principio del libre exámen, como ley absoluta en todas las esferas de la actividad humana, se camina á un individualismo tan exageradamente anárquico que ya se han roto por completo los vigorosos lazos de escuela, por haberse aniquilado la autoridad de los maestros y extinguido la tradicion del buen gusto, apoyada más en los grandes modelos, que en las mezquinas reglas. Pero ya ves, amigo Tomás, que se aumentan, de buena fé ó con deliberado propósito, los peligros de la civilizacion y del libre exámen ¿No cuenta nuestro siglo, tan tachado de materialista por sus detractores, multitud de génios de primer órden en poesía, en música y en las tres bellas artes del diseño con los cuales habria para dar ilustre nombre á veinte siglos distintos?

—¿Y cómo nó, si el culto de la belleza se ha estendido mucho mas, que el de la verdad, aun en esta época tan caracterizada por el espléndido desarrollo que ha adquirido la filosofía científica? Y se comprende muy bien. Es mas universal el influjo de lo bueno y de lo bello que el de lo verdadero, y penetra mas profundamente en el corazon humano lo que hiere al sentimiento y á la imaginacion, dones en cierto modo espontáneos de la naturaleza, que lo que se ofrece á la razon, facultad más bien adquirida y desenvuelta por la educacion. Además, á causa del mayor positivismo de la vida real necesita la sociedad moderna, como provechoso contrapeso á sus prosáicas tendencias, rendir mas culto al idealismo artístico y poético, é instivamente así lo practica. Nunca ha llegado á ser tan honrado y tan honroso, como en nuestros tiempos, el título de artista ó de poeta. En épocas no muy lejanas vivian unos y otros por la proteccion, casi siempre, y pocas veces por el sincero aprecio del clero, de la nobleza ó del rey, y eran como un mueble de lujo en las catedrales, en los castillos y en los palacios. Más gloria adquirian los espléndidos Mecenas, que los inspirados génios por ellos protegidos. Hoy el artista y el poeta tienen más libertad, mas independencia, porque viven, nó de la liberalidad de unos cuantos, sino de la estimacion de todos, y el brillo de su nombre se refleja sobre todo un pueblo, que les admira y se enorgullece de ellos, y no sobre determinadas clases ó instituciones, que los sostenian para servirse de ellos como instrumentos de sus placeres, ó de sus miras dominadoras.

Hoy un poeta no necesita más que presentar al público el fruto de su inspiracion y su trabajo, para conquistarse por sí mismo, en noble lid, el puesto á que se haga acreedor por su propio mérito, universalmente reconocido por sus conciudadanos. Asi vemos todos los dias aparecer nuevos poetas como tu amigo Velarde, que confiados en sí mismos se presentan, sin necesidad de protectores (ni aun de prologuistas) á disputarse el premio de ser conocidos y apreciados por la opinion de sus contemporáneos y aun de lograr transmitir su nombre con sus obras á las generaciones venideras.

Uno de los campeones últimamente presentados en la arena literaria es D. José P. Velarde, nombre conocido en Sevilla, antes de imprimir sus poesías; nombre conocido ya en España despues de haberlas publicado. Es pequeña su coleccion si se atiende al número de composiciones que comprende, es grande si se miran los quilates de mérito que las avaloran. Poeta de entonacion robusta y grande aliento, maneja Velarde con valentía el sonoro endecasílabo en tercetos, en cuartetos y en silvas. Poeta de pocos años, pero de juicio cultivado y maduro, halla en su lira magestuosos acordes para cantar con severo acento el amor filial, la admiracion al génio, la fé en los destinos del hombre y en el progreso de la humanidad, las pasiones profundas y reconcentradas, las grandes aspiraciones por penetrar los arcanos de la vida, de la muerte y de la inmortalidad, en fin, todas las notas más graves del diapason poético. En las poesías de Velarde no hay una página para los tiernos *suspirillos germánicos* ni para las insustanciales anacreónticas, ni para esos pasatiempos sin importancia literaria, que llenan tantas y tantas hojas en otras colecciones. Cuando Velarde pinta el amor, lo hace con tonos tan enérgicos que no es un afecto dulce y sencillo, sino un sentimiento exaltado hasta el punto de hacer dudar si es *pasion ó locura*. Cuando retrata la desilusion no la presta el enfermizo encanto que los novelistas suelen dar á las jóvenes éticas, protagonistas de sus fábulas, antes al contrario anatematiza la desconfianza aun mas que el desengaño. La musa de Velarde no es una musa femenina ó tísica; es varonil y robusta cual conviene á un poeta, que como jóven debe tener recuerdos, ilusiones y esperanzas, y como médico ha debido sondear el fondo de miserias y debilidades de la [illegible] tra pobre organizacion co[illegible] espiritual. Cuando pulsa la cuerda del dolor no arranca impotentes ayes ó débiles sollozos, sino gritos roncos como los del leon herido. Cuando duda se revuelve contra sí mismo, quiere creer y cree. Sus creencias no son el fanatismo ni la supersticion de la estúpida muchedumbre sino el profundo y austero convencimiento del filósofo.

Vé un gran poeta arrastrado por la duda, hasta el estremo de renegar del mundo y de buscar la calma para su perturbado espíritu, en la soledad de la vida contemplativa, seducido por la paz del claustro, y al ver este gran poeta sin fé en sí mismo y sin esperanza en los destinos humanos, opone al canto de la *Duda* un canto de *Fé* en el porvenir, buscando la satisfaccion del alma, no en la infructuosa inercia, y en el aislamiento de la vida contemplativa, sino en la lucha fructífera del trabajo y en la vida activa de la sociedad moderna.

Vé morir á un maestro ilustre y en vez de la muerte canta la vida universal de la materia y la vida eterna del alma inmortal.

Vé una niña próxima á ser muger y trata de darle armas para defender su inocencia y su virtud en los combates del mundo y en las lides del corazon.

Cierra los ojos para soñar y vé una prision lóbrega, siniestra, y dentro un hombre cuyo génio, desconocido en su época, asombró á las sucesivas y admira la presente; y ese génio de excelsa grandeza concibe en la horrible cárcel donde yace, el pensamiento más sublime que ha podido producir la mente humana, y por cuasi divino *fiat* crea el inmortal *Quijote*.

Cambia de ensueño y vé en el humilde cementerio de una aldea un viejo venerable, contemplando su propia sepultura, labrada junto á la tumba de una anciana, sintiendo aun latir su ya casi muerto corazon á impulsos de un amor imposible nacido en la niñez, anhelando ser feliz en los brazos de la muerte